

Tercer Domingo de Pascua B/2018

Las lecturas de este tercer domingo de la Pascua continúa el reporte sobre la resurrección de Jesús y la misión de los discípulos. Muestran lo que los apóstoles habían hecho después de la resurrección a fin de traer a los judíos a la conversión del corazón. Muestran igualmente como las apariciones de Jesús han contribuido al refuerzo de la primera comunidad y a la aclaración del sentido de la resurrección.

La primera lectura de los Hechos de los Apóstoles describe el discurso de Pedro antes del pueblo judío. Muestra como trató de convencerlos que la resurrección de Jesús era el cumplimiento del plan de Dios. Muestra también como trató de convencerlos que aunque hicieran errores y actuaran por ignorancia al crucificar a Jesús, el tiempo ha venido para convertirse y arrepentirse a fin de recibir el perdón de sus pecados.

Lo que este texto nos enseña es que la pasión de Jesús y su muerte eran según el plan de Dios. Otra idea es la certeza de que no hay ninguna discontinuidad entre el Dios de Jesús y el Dios de los antepasados de los Judíos. La última idea está relacionada con la verdad que los que han crucificado a Jesús traen alguna responsabilidad por la cual deberían que arrepentirse.

Este texto nos ayuda a entender mejor el punto del Evangelio de hoy en que Jesús aparecía sus discípulos. De hecho, el Evangelio relata dos casos de las apariciones de Jesús. El primer es cuando fue reconocido en el camino de Emaús para dos discípulos al romper el pan. El segundo es cuando los discípulos fueron reunidos en una casa.

Entonces, el Evangelio muestra como, cuando los discípulos fueron preocupados al pensar que vieron a un fantasma, Jesús les tranquilizó al mostrarles sus cicatrices y al comer en su presencia. Después de esto, el Evangelio relata la explicación de Jesús a sus discípulos al alegar que su muerte era parte del plan de Dios como una realización de la Ley de Moisés, de los profetas y de los salmos.

El Evangelio termina con Jesús que encomienda a sus discípulos de ser sus testigos y de predicar a todas las naciones el arrepentimiento para el perdón de pecados.

¿Qué aprendemos de este Evangelio? Hoy quiero hablar de la realidad de la resurrección de Jesús y sus consecuencias para nosotros. De hecho, es muy curioso encontrar en el Evangelio de hoy palabras muy precisas que vienen de la boca de Jesús, pero que dan a la resurrección su sentido verdadero: ¿“Por qué se espantan? Por qué surgen dudas en su interior? “Miren mis manos y mis pies. Soy yo en persona. Tóquenme y convézanse: una fantasma no tiene ni carne ni huesos, como ven que tengo yo”.

Tal insistencia de Jesús muestra que Cristo resucitado no era un fantasma o una alucinación. Era el mismo como los discípulos lo conocían antes. Era la misma persona con quien los discípulos tenían la comunidad de vida antes de que muriera.

Este confirma las palabras de la carta a los hebreos 13: 8 que dicen: “Jesucristo es el mismo ayer, hoy, y para siempre”. ¿Si es el caso y tratamos con la misma persona, cuál es la diferencia, entonces, entre antes y después de la resurrección? La diferencia está en el hecho de que Cristo resucitado no está sometido a la limitación del tiempo y del espacio que definen las actividades humanas. Por eso, puede aparecer aun cuando las puertas están cerradas.

Además, la referencia a los actos concretos como tocar, ver, comer, pies y manos, muestra que se trata de Jesús no sólo con alguien que es vivo, sino también como alguien con quien los apóstoles tienen una historia común que pueden recordar hasta después de su muerte.

Una de las consecuencias de esta visión es que los vínculos de amistad y los lazos que construimos cuando estamos todavía en la tierra nos sobrevivirán hasta en la muerte. Por eso, la resurrección no borra a quién somos o lo que hemos sido; no destruye tampoco nuestra personalidad. Lo que es verdad es que nos transfigure simplemente de manera que nos conformamos a la imagen de Cristo resucitado.

Este punto abre la posibilidad de recompensa si nuestra vida fuera conformada a la de Cristo. Abre también la posibilidad de castigo si nuestra vida no hubiera sido conformada a la de Cristo. Este punto trae igualmente la posibilidad de ser reconocible hasta después de la muerte.

Sin embargo, aunque Jesús sea el mismo, su cuerpo resucitado tiene algunas calidades que están bien más allá de la que poseemos aquí en la tierra. En otras palabras, aunque su cuerpo sea de carne y sangre, es capaz de hacer cosas que ningún cuerpo terrenal normal puede hacer. El más obvio es por ejemplo el caso de aparece mientras las puertas son cerradas.

Todo esto nos da una idea sobre lo que nuestros propios cuerpos serán cuando finalmente seremos en cielo. Como profesamos en el credo, no hay duda de que Dios nos promete una resurrección corporal. Pero, en el cielo, ese cuerpo será similar al cuerpo resucitado de Jesús. Ese cuerpo nuevo no será susceptible al sufrimiento, la enfermedad o el pecado.

Además, aquí en la tierra, es difícil separar nuestros cuerpos físicos de nuestra naturaleza espiritual. Por eso, tener una amputación o una cara desfigurada es tan difícil para la gente. Entonces, perder nuestras armas o piernas significa que no somos auténticamente nosotros. Pero, todo esto no será contado en la vida futura, porque el cuerpo corruptible que tenemos ahora será completamente transformado. Se hará un cuerpo adaptado y asignará a las condiciones de la vida eterna.

Rezo a Dios por que nos ayude a ser conscientes de la presencia transformativa de Jesús en nuestro medio. Rezo que Dios nos ayude a entender que cada vez que nos reunimos en nombre de Jesús, está presente entre nosotros. Cada vez que escuchamos a su palabra, nos habla. Cada vez que creamos un poquito del espacio en nuestros corazones y en nuestras vidas para él, comenzamos a entender mejor lo que no hemos entendido durante muchos años. Nuestros ojos se abren, nuestro conocimiento y entendimiento de las Escrituras se hacen agudos, y nuestras vidas comienzan a tomar una dirección importante hacia Dios. ¡Puede Jesús abrir los ojos de nuestros corazones de modo que también lo reconozcamos en el compartiendo de su palabra y en la Eucaristía! ¡Que Dios los bendiga a todos!

Hechos de los Apóstoles 3, 13-15, 17-19; 1Juan 2, 1-5; Lucas 24, 35- 48

Fecha de la Homilía: el 15 de Abril 2018

© 2018 – Padre Felicien I. Mbala, Ph. D, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20180415homilia